

# Juan Antonio Muñoz Gallardo

## escritor guadalupense

*Laudemus viros gloriosos in generatione sua.*

**G**ON 82 años, en vísperas de cumplir 83. la última Navidad se nos llevó en Villanueva de la Serena, a don Juan Antonio Muñoz Gallardo; un sacerdote ejemplar y humilde —no pasaba de simple capellán— y un escritor infatigable. Murió como había vivido, como el soldado que dispara sus cañones, o como el labrador que ara y canta, sin conocer ni los formulismos de una jubilación, bien merecida, ni el cansancio en la labor de cada día por muchísimos años. Con las manos sobre la masa de varios trabajos le halló la hermana Muerte, y, sin duda, con la esperanza de que otros puedan rematarlos.

Aparte yo he publicado su propia autobiografía, que él mismo redactó, a principios de 1974, sin sospechar entonces que no habría de terminar aquel año de gracia y de perdón, quien pasó una larga cuenta de años dispensando el perdón, y la gracia, en su función ministerial

Y es en esa autobiografía donde Juan Antonio Muñoz Gallardo, como cualquier otro escritor, se retrató de cuerpo entero. Casi un centenar de títulos, que apenas si saben desbordar los límites anchos o estrechos de su Extremadura, en los cuales él puso, a más de conocimiento, afectos, entusiasmo, corazón. Ese corazón, que le permitía sintonizar admirablemente con gentes no vistas ni tratadas, con hombres de su edad y menores que él; si mantenían la misma fe, idéntico entusiasmo, y sabían perseverar en la tarea roturadora de la pluma, para la que no suele haber más jubilación que la involuntaria de la muerte.

No puede resultar extraño que dentro de la autobiografía destaquen, y se reiteren, los títulos de su Villanueva de la Serena; desde los orígenes medievales, hasta las esplendentes realidades de nuestros días; y desde los hombres ilustres de ayer y de hoy, hasta los tiempos vergonzosos y nefastos de la ocupación y desgobierno marxista. Todo lo de Villanueva seguía interesándole hasta su hora de completar. Valga por otros ejemplos el afán con que demandaba noticias posibles sobre una institución de tan poco relieve social, aunque de profunda significación religiosa, como la Escuela de Cristo.

Pero Juan Antonio Muñoz Gallardo, que no fue nunca ni un trotamundos, ni un corre parroquias o beneficios eclesiásticos, ni un cultivador de las llamadas, norteamericanamente, «relaciones públicas», tampoco se encerró en un localismo de cortas miras y de horizontes estrechos. Desde su Villanueva de la Serena podía otear amplios horizontes, que se alargaban por toda la región de la Serena, que trascendían a toda la provincia de Badajoz, y aún a Extremadura entera, y que saltaban, como los antiguos conquistadores, lo mismo a la región hermana de La Mancha, como al vecino reino de Portugal, o a las transmarinas tierras americanas.

Su carácter y su afincamiento temprano, y definitivo, en Villanueva de la Serena, le forzaba inevitablemente a fijar sus ojos, reiteradamente, en Guadalupe, no sólo para visitar a la Virgen Morena, ni para obsequiar a la comunidad franciscana con los primeros ejemplares de su obra *mejor* «Apuntes para la historia de Villanueva de la Serena y de sus hijos ilustres» que llegó a la biblioteca de Guadalupe apenas salida de las prensas santanderinas de Aldus, el primer semestre de 1936, con dedicatoria afectuosa firmada el 12 de Julio de aquel mismo año; sino, especialmente, para proclamar y divulgar los valores todos y méritos guadalupenses.

Hasta 18 títulos, más o menos guadalupenses, se cuentan en la autobiografía que acaba de salir a la pública luz en la Revista de Estudios Extremeños de Badajoz, y aún se pueden añadir otros en los trabajos que el mismo Muñoz Gallardo dejó preteridos en la relación de sus publicaciones. Añádase a estos títulos, expresamente guadalupenses, su colaboración personal, desde los primeros años de su actividad literaria, en «El Monasterio de Guadalupe» o en «Guadalupe» sobre temas generales como la blasfemia, el trabajo, la sindicación o el campo, y se comprobará cuán hondo había calado el guadalupismo de Muñoz Gallardo en su vida y en su literatura: como lo guadalupense no había sido para él flor de una primera



que se agosta con los fervores estivales, o que se sume, y seca, ante cualquier especie de vendaval.

El recordaba, hace años, en un orgullo que no consta en su autobiografía, y que tituló «Guadalupe, rica esmeralda de la corona de Alfonso IX» cómo había trabajado con singular seriedad, por los años 1909 y 1910, el benemérito deán de Plasencia D. Eugenio Escobar Prieto, el cartulario guadalupense de Alfonso XI. Y de paso indicaba de dónde procedían sus fervores guadalupenses, que no amañaron con los años, ni se consumieron con las dificultades.

En la confección de aquella obra magna, una entre las muchas del ilustre deán placentino, que antes había sido arcipreste de la catedral de Coria, le había ayudado, como amanuenses, Juan Antonio Muñoz Gallardo, que por entonces estudiaba en el seminario de Plasencia, aunque terminaría sus estudios en el diocesano de Badajoz, y otro gran amigo, y gran sacerdote de Don Benito, D. Manuel Calderón Martín.

Se explica que, bebiendo desde la juventud en hontanares tan limpios, y arrimándose para colaborar con tan expertos y acreditados maestros, no podía Muñoz Gallardo abdicar de su condición de escritor guadalupense a lo largo de toda su vida.

Villanueva de la Serena, primero al cumplirse los 50 años del sacerdocio de Muñoz Gallardo, y después, apenas fallecido, quiso honrar debidamente a quien ha sido su hijo, su sacerdote, y su historiador por antonomasia. Sin establecer categorías en los afanes guadalupenses, quede por lo menos escrito el testimonio que incluye a Juan Antonio Muñoz Gallardo entre los escritores guadalupenses del siglo XX.

**Francisco FERNANDEZ SERRANO**

Canónigo de la S. I. Metropolitana de Zaragoza



## LA SEMILLA DE LA VIDA MUERE

Ahora mismo que la semilla de la vida muere,  
muere en los corazones de tantos millones,

¿Cómo podía yo estar triste,  
triste como una isla abandonada,  
o un pueblo,  
o un mundo,  
el universo en un llanto,  
sintiendo el hambre en el alma,  
cómo podría yo estar triste?

La semilla de la vida muere,  
mueren de hambre, los pobres,  
tantos millones de hambre mueren,  
no en un día ni en cinco,  
ni en un año ni en cinco años,  
sino en siglos, en siglos  
del hambre, tantos millones,  
tantos millones, ¡tantos!

¿Cómo podría yo estar triste  
como una isla abandonada,  
o un pueblo,  
o un mundo — — —  
el universo en un llanto?

Steven S. Sles,

Valencia (España).